

¿Por que Sufrimos?

Para TAPEJARA — Pela

El día en que te dije: ¿sabes por qué sufrimos tanto por los animales? te di, con mi respuesta, la clave del equilibrio, del orden y de la armonía de los elementos que constituyen el universo.

Mi respuesta fue: sufrimos, por todo lo que no sufren los demás. En la medida en que otros son crueles, nosotros, los compasivos, tenemos que ser tiernos y amorosos con ellos, en la medida que otros los martirizan y los llevan a la muerte en medio de atroces torturas, nosotros tenemos que llorar lágrimas de sangre hasta conmover a las ocultas potencias y conquistar el privilegio de amparar, de proteger y defender a nuestros desvalidos hermanos inferiores.

Sufrimos por eso, en esa forma los beneficia nuestra crucifixión: sufrimos para tender a reestablecer la armonía; sufrimos para equilibrar. Algo debe pesar, como dices, en alguna balanza secreta y remota, nuestro inenarrable sufrimiento. Algo hacemos, en forma que no podemos comprender, sufriendo por ellos para que la justicia reine un día en este mundo para estas desventuradas criaturas.

Es decir, se necesita de un elemento en calidad y en cantidad para equilibrar ciertas fuerzas, para sostener cierto estado de cosas que debe — como si estuviese propenso a caer — ser defendido de modo agudo y expectante sin el menor abandono, sin el mínimo olvido: a la más leve falta de atención al más leve aflojamiento de la voluntad, sobreviene la catástrofe.

Se necesita penetrarse bien de ello para conocer a fondo cómo puede construirse un cierto fenómeno o cómo puede crearse tal o cual corriente o modalidad encaminada a procurar cierto estado de bien.

A nadie se oculta que existe hoy un antagonismo violento entre las fuerzas iguales y contrarias del bien y del mal; a nadie tampoco debe ocultarse que es preciso reforzar de modo ingente las fuerzas del bien para contrarrestar las fuerzas del mal que quieren preponderar.

Hay muchos hombres de buena voluntad que quieren tomar parte de una obra de saneamiento y limpieza, que quieren tomar parte en los ejércitos del bien.

Fuerzas poderosas, ciertamente, pero sin organización, fuerzas errabundas y dispersas. Falta el hombre de visión sobrehumana, de valor heroico, de voluntad todo poderosa que levantar a una voz a todos esos hombres de buena voluntad, para reunirlos, para formar con ellos el invencible frente que ha de oponerse al avance del mal y luego ir sobre él para aniquilarlo.

Pero ¿sabéis de qué calidad han de ser esos hombres admirables que con su poder levanten y organicen esas huestes abstractas del bien?

¿Sabemos cuál ha de ser su esencia profunda, cuál ha de ser el índice de su valer?

Esos seres de elección deberán ser inmaculados, ascéticos, serenos, puros en toda la profunda significación del vocablo; puros de pensamiento, de obra y de palabra. Puros os decir, no contaminados, para no tomar peligroso contacto con el mal.

Profesora Ana de Gómez — Mayorga (México).

Entregarse los hombres bien intencionados, poderosos, pero no puros a la vorágine de las pasiones bestiales, al torbellino del mundo actual, es caer aniquilados si presentan siquiera una faceta, un resquebrajamiento de contacto con el mal.

La misma disimilitud de los puros con el ambiente de los seres a quienes han de gobernar los volverá inmunes a todo dano; inatacables por todas las fuerzas bestiales; invulnerables a todo medio de destrucción. Los dioses estarán con ellos protegiéndolos, fortaleciéndolos, acrecentando su poder y su resistencia, volviéndolos invisibles a los ojos enemigos.

La condición es absoluta: ser puros, ser resplandecientes y arder internamente con el fervor más apasionado que pueda existir; arder con el fuego de la fe. Y servir a Dios sirviendo a los hombres, sirviendo al bien. Latigar sin piedad al réprobo, al hipócrita sepulcro blanqueado al simulador de apóstol, al contumaz, al protervo.

Servir, conquistar este privilegio sobrehumano en fuerza de ser puros, en la medida que los demás no lo son.

Los puros tienen que ser, llegados los tiempos, los amos del mundo. Y este poder, esta supremacía serán aplicados a la salvación de los hombres.

Este deberá ser el fruto que debe dar el renunciamento a todos los bienes mundanos; el sacrificio de toda una vida; la oblación de toda felicidad personal para conquistar el derecho de dar paz a los hombres de buena voluntad.